

LUCIO GERA

TESTIGO DE LA ESPERANZA EN LAS PUERTAS DEL TERCER MILENIO¹

La experiencia del tránsito desde el segundo al tercer milenio intensificó en la presente generación la conciencia del “tiempo”: por una parte, despertó la memoria del pasado, dando lugar al agradecimiento y también al pedido de perdón; por otra, suscitó el presentimiento del futuro, estimulando tanto la incertidumbre como el llamado a la esperanza. En la Carta apostólica *Novo Millenio Ineunte*, Juan Pablo II concluye la celebración jubilar y abre hacia el nuevo milenio convocando fundamentalmente a la esperanza².

El Cardenal Eduardo Pironio no llegó a traspasar la frontera hacia el tercer Milenio; su vida aquí en la tierra se prolongó hasta comienzos del año 1998. Pero, sin llegar a atravesar esa frontera, desde joven sacerdote y a lo largo de toda su vida profesó su esperanza y convocó a ella. Fue testigo de la esperanza a las puertas del Tercer milenio del cristianismo³.

Quedó así manifiesto el rasgo profético de su personalidad, ya que anunciar futuros de esperanza es lo propio del profeta bíblico. Pironio no

1. Sobre el tema ha escrito un amplio artículo Pablo M. Etchepareborda: “Un pastor que anima la esperanza del pueblo: El Cardenal Pironio y la esperanza”, *Pastores* 22, (2001), 7-12.

2. Cf. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millenio Ineunte* 1; 3; 58. Fue además el tema fijado para la X Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos celebrado en el mes de octubre del 2001: *El Obispo servidor del Evangelio para la esperanza del mundo*.

3. E. PIRONIO, *Reflexiones sobre la esperanza sacerdotal*, según creo, fue su primer artículo sobre la esperanza, publicado ya antes del Concilio Vaticano II en la revista *Notas de Pastoral Jocista, Año XII, mayo-junio, 1958*, y posteriormente reeditado en el libro *Palabras sacerdotales*, Ciudad Nueva, 1992, 35-43. Luego, en su último retiro predicado en 1995 en preparación de la celebración del nuevo Milenio, vale decir, en perspectiva de futuro, y por lo tanto, de esperanza; como él mismo lo expresa, propone como tema general de meditación a “Jesucristo, nuestra feliz esperanza”.

fue un profeta dotado de visiones simbólicas, pero sí de una firme confianza en el futuro⁴.

Este afecto esperanzado caracterizó su radical ser cristiano, que se diferencia del existir pagano precisamente por el hecho de poseer una esperanza definitiva; caracterizó su misión de dar razón de su esperanza, misión arraigada en su bautismo y calificada por su consagración episcopal. El Cardenal resumía todo esto afirmando que la esperanza es “el modo de ser cristianos”⁵.

He dividido la siguiente ponencia en dos partes: la primera, de carácter pastoral; y la segunda, de índole más bien espiritual y contemplativo.

1. El llamado a la esperanza

Durante los Ejercicios Espirituales predicados en la Curia romana en 1974, expresó el entonces Presidente del CELAM con cierto énfasis: “Siempre fue necesario hablar sobre la esperanza. Pero hoy se hace particularmente urgente”⁶. ¿Por qué era entonces particularmente urgente? Según él, porque eran “tiempos difíciles”. Así los calificaba al año siguiente, 1975, al dejar su Sede diocesana de Mar del Plata para establecerse en Roma: “en un momento tan difícil y oscuro... es preciso seguir gritando la esperanza”⁷, decía él. Al año siguiente, ya Cardenal y Prefecto de la Congregación para los religiosos e Institutos seculares, volvió a referirse a su momento histórico diciendo: “Indudablemente vivimos tiempos difíciles... Por eso hace falta meditar otra vez sobre la esperanza”⁸. En realidad, esta calificación de “tiempos difíciles” era válida no solamente para los momentos puntuales de los años en que fue expresada, sino para

4. “Fue el profeta de la esperanza”, decía uno de sus discípulos preferidos, el P. Andrés Mangas, al día siguiente del fallecimiento del Cardenal Pironio: *Diario La Capital*, Mar del Plata, del 6 febrero 1998. Cf. También P. ETCHEPAREBORDA, “Un pastor que anima la esperanza del pueblo: El Cardenal Pironio y la esperanza”, *Pastores* 22 (2001), 7.

5. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús: Retiro en el Vaticano*, BAC, Madrid 1980, 260, con apoyo en Ef 2,12 y 1Pe 3,15. “Cristiano es aquel que espera y sabe dar razón de su esperanza”, *Criterio* 70 (1998) 12. “San Pablo define al cristiano como el que espera... San Pedro como el que sabe dar razón de su esperanza” (E. PIRONIO, *La Iglesia que nace entre nosotros*, Indo American Press service, Bogotá, 1970, 60-61); cf. E. PIRONIO, *Alegres en la esperanza*, Paulinas, Madrid 1978, 207s.

6. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 259-260.

7. *Criterio* 70(1998) 12; cf. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 26ss.

8. E. Pironio, *Alegres en la esperanza*, 204-205.

las cuatro o cinco décadas a lo largo de las cuales Pironio desarrolló su actividad pastoral y se vio implicado en la dificultad de esos tiempos.

Al calificarlos de este modo explicitaba el presupuesto requerido para poder introducir lógicamente un llamado a la esperanza. Precisamente lo difícil, lo arduo es el campo específico en el que opera esta virtud.

¿De qué situaciones difíciles se trataba y, en consecuencia, a qué esperanzas era necesario convocar? El Cardenal nunca se propuso presentar un análisis sociológico de aquellas situaciones, tarea que dejaba a la responsabilidad de los correspondientes peritos, cuyos resultados él presuponía y asumía en alguna medida⁹. Puesto en una perspectiva moral, tendía a captar más bien las actitudes que generaban unas u otras situaciones, que fueron resumidas por él en dos posiciones contrapuestas: por una parte la de aquellos que, por su visión teórica de las cosas o por su comportamiento, se *instalaban en el tiempo*: por otra la de quienes se *evadían del tiempo*¹⁰.

Con la primera de estas expresiones, “instalarse en el tiempo”, señalaba la actitud de aquellos que ponían sus esperanzas y sus empeños en realizaciones intratemporales de *un modo tal*, que excluyera o debilitara

9. En *Alegres en la esperanza*, 205 reiteraba su intención de volver a hablar sobre la esperanza, “pero muy sencillamente. Sin... pretender estudiar a fondo –histórica y sociológicamente– la raíz de los males. Esto lo harán otros con mayor competencia; es necesario que lo hagan. No se hace aquí un estudio exhaustivo sobre la situación actual ni se analizan todos los textos de la Escritura Sagrada”. A veces presenta, de forma general y resumida, algunos hechos o situaciones de la época, por ejemplo, en *Alegres en la esperanza*, 203-204. Como se puede constatar en el texto recién transcrito, tampoco se extendía en procedimientos analíticos de temas teológicos. Con una base teológica excelente, con una gran sencillez de estilo literario, solía presentar de forma muy ordenada, sintética más que analítica, los grandes misterios de la fe y los núcleos teológicos de la moral y espiritualidad cristiana, orientando su exposición hacia la contemplación y la conversión o el crecimiento espiritual.

10. “Esta falta de esperanza se da también dolorosamente en el interior de la Iglesia: o porque nos instalamos en el tiempo, perdiendo la perspectiva de lo eterno; o porque nos evadimos del tiempo, haciendo de la esperanza una espera pasiva y ociosa, una simple resignación negativa; o porque nos dejamos invadir por el pesimismo, nos paraliza el miedo y no podemos superar el «escándalo de la cruz»” (E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 260). Yo he reducido los contenidos de este texto a una contraposición entre las dos primeras actitudes señaladas, porque me parece que el pesimismo y el miedo señalados en la tercer frase se resuelven en la “pasividad” propia de la segunda: la actitud evasiva del tiempo. Por otra parte con la introducción del tema de la “cruz” comienza a bosquejar una interpretación pascual, que recogeremos en la segunda parte de esta exposición. Este esquema ya estructuraba su reflexión sobre la esperanza en 1962, cf. E. Pironio, *Palabras sacerdotales*, Ciudad Nueva, 1992, 38-39; cf. también *La virtud de la esperanza, Clase magistral*, no publicada, 1-2; *Iglesia, Pueblo de Dios*, Indo-American Press Service, Bogotá 1970, 83-85.

toda esperanza que trascendiera los límites de este tiempo histórico. Quien se “instala” en el tiempo lo despoja de su índole peregrina.

Dentro de esta actitud cabían diversas modalidades. El Cardenal alude al secularismo y a la incredulidad, a la crisis de fe¹¹, también a lo que en América Latina se designó entonces como “temporalismo” o “politización de la fe y del Evangelio”¹².

Como se puede ver, esta actitud implica una oposición entre esperanzas intratemporales y esperanza trascendente, en el sentido que, la adhesión a aquellas condiciona negativamente a esta otra, la absorbe o la debilita.

Pironio sale al paso de esta actitud global de instalarse en el tiempo reafirmando, con la más viva tradición de la fe de la Iglesia, la prioridad y centralidad del llamado a una esperanza escatológica, la cual “ilumina el misterio de la cruz y de la muerte”¹³, anunciando también que, tras la venida gloriosa de Cristo Señor, con el juicio y la resurrección personal, la historia humana universal alcanzará su meta final en un cosmos transfigurado¹⁴.

11. Se refiere al “riesgo del secularismo” aun dentro de la Iglesia: *Alegres en la esperanza*, 204; *Queremos ver a Jesús*, 173. Pironio fue testigo del debate sobre ateísmo e incredulidad acontecido en el Concilio que fijó su postura al respecto en GS 19-21. Posteriormente, nombrado miembro del Secretariado para los No-creyentes por Pablo VI, continuó atento al tema, particularmente en lo que se refería a la presencia de la incredulidad en América Latina. También habla de una “pérdida del sentido de lo absoluto” (*Queremos ver a Jesús*, 28) y, entre los cristianos, de una “crisis de fe”, y, por consiguiente, de esperanza trascendente: “vivimos un momento difícil de oscurecimiento de la fe, un cierto «vaciamiento» de lo original y específico del mensaje cristiano. «Se quiere secularizar el cristianismo», advirtió Pablo VI. Señalaremos enseguida algunos rasgos de esta crisis y anotaremos algunas causas” (E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 173, cf. 174-176). La alusión al vaciamiento del cristianismo se presentaba entonces como cuestionamiento o pérdida de la identidad del cristiano.

12. Temporalismo entendido como «identificación entre fe y política, construcción del Reino de Dios e historia, evangelización y promoción humana, auténtica y plena libertad en Cristo y liberación exclusivamente temporal y política» (E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 176), «radicalización de grupos en la Iglesia, politización de la fe y el evangelio» (*Ibidem*, 29), cf. E. PIRONIO, *Alegres en la esperanza*, 204. En relación con estos fenómenos Pironio señala también como un aspecto de la crisis de esa época en la Iglesia la incertidumbre acerca de “la propia identidad en nuestro ministerio sacerdotal o nuestra vocación religiosa” (E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 176), también en su escrito “La alegría de la esperanza”, *L'Osservatore Romano*, nº 394 del 18 julio 1976, 12, col.1.

13. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 260; “La muerte [...] queda también iluminada por la esperanza”; cf. *Ibidem*, 261, donde se encuentra una breve reflexión sobre la muerte. También se puede ver su reflexión sobre la muerte en “Los tres Testamentos de Pablo VI” cuyo texto está editado en *Queremos ver a Jesús*, 302-303.

14. Cf. E. PIRONIO, *La virtud de la esperanza*, 6s.

Por otra parte con su crítica del temporalismo entendido como priorización de la tarea de promoción humana en la misión de la Iglesia, buscaba que esta no fuera reducida a una institución de crítica y promoción social.

La otra actitud, con que caracterizó el comportamiento de algunos hombres de Iglesia, en esos tiempos difíciles, fue expresada como “evasión del tiempo”. Con esta fórmula Pironio recogió una de las críticas fundamentales que el pensamiento marxista dirigía entonces al cristianismo, a saber, que la esperanza en un más allá del tiempo alienaba al cristiano de la responsabilidad por la construcción de este mundo y por ello de las esperanzas terrenas, penúltimas, particularmente de la esperanza de una mayor justicia social, del desarrollo y liberación de los pueblos¹⁵. Esta crítica encontraba un flanco débil en la herencia, todavía vigente en algunos sectores cristianos, de una eclesiología y una espiritualidad en las que el tema de la promoción humana no había sido aun suficientemente integrado en la misión evangelizadora de la Iglesia. “No supimos –decía Pironio– iluminar sus esperanzas (las de los hombres) y nos desentendimos de la construcción positiva de la historia”¹⁶ y habla de “un dualismo que anuló la eficacia histórica de la fe”¹⁷. Constatando la creciente “conciencia de marginación, subdesarrollo y dependencia injusta”¹⁸ estableció, sobre todo a partir de la Conferencia episcopal de Medellín, una clara y permanente crítica contra aquellos cristianos que “con lamentable superficialidad, acusan a la Iglesia de haberse desviado de su esencial misión evangelizadora”¹⁹ por el hecho de asumir su propia responsabilidad en la tarea de la promoción humana, responsabilidad surgida de la misma raíz evangélica. Si bien rechazaba que la Iglesia, instalándose en el tiempo, se contrajera a una mera institución de crítica social y de promoción humana, tampoco quería que la misión de la misma fuera reducida a la proclamación de un evangelio abstracto, sin proyecciones en la vida humana, social y familiar. No podemos los cristianos, decía él, “refugiarnos cómodamente en lo invisible y eterno”²⁰.

15. Cf. E. PIRONIO, *La Iglesia que nace entre nosotros*, 44-45.

16. E. PIRONIO, “América Latina, Iglesia de la Pascua”, *L'Osservatore Romano*, 3 septiembre 1972, 8, col. 4.

17. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 176.

18. *Ibidem*, 29.

19. E. PIRONIO, *Alegres en la esperanza*, 204.

20. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 176.

El Cardenal abría así la esperanza cristiana y evangélica también hacia esperanzas intrahistóricas: “Pero nuestra esperanza –decía él– no es únicamente una esperanza escatológica... Esperamos que ya aquí, en la tierra, se realicen los cielos nuevos y la tierra nueva. Esperamos ir haciendo... una patria de hermanos, una tierra solidaria... Esperamos que haya más justicia y libertad, menos odio y menos violencia, menos destrucción y menos muerte, esperamos la reconciliación y la paz”²¹.

Como se puede observar, en el fondo de todo este debate, tanto la actitud calificada por Pironio como evasiva del tiempo, como la de instalarse en el tiempo, establecían un conflicto entre esperanzas, una incompatibilidad o una tensión irresuelta, entre esperanza escatológica y esperanzas intrahistóricas. Solo que en sentido inverso: mientras que, para aquella, el mantener esperanzas intratemporales desalojaba del corazón o debilitaba la esperanza en un más allá del tiempo, para esta otra, el alimentar una esperanza eterna desterraba del corazón o debilitaba toda esperanza intratemporal. Ahora bien, este conflicto entre esperanzas era precisamente lo que Pironio quería superar, él, que empleando una fórmula entonces corriente, gustaba de referir la esperanza y el compromiso hacia una “salvación integral” y una “liberación plena”²². “No podemos volver a caer en un dualismo que el concilio condenó “como uno de los más graves errores de nuestra época” (GS 42). Pero tampoco podemos simplemente, identificar el “progreso temporal” con “el crecimiento del Reino” (GS 39), aunque el primero interesa en gran medida al Reino de Dios”²³.

Por cierto, esperanza trascendente y esperanzas intrahistóricas no se superponen extrínsecamente unas a otras. La esperanza en el más allá, más que debilitar ha de fortalecer la responsabilidad y compromiso en la construcción de un mundo en justicia y paz. Como enseñó el Concilio Vaticano II, “Cristo, por la fuerza de su Espíritu obra ya en los corazones de los hombres, no solo suscitando el anhelo del siglo futuro, sino, por lo mismo, animando, purificando y fortaleciendo aquellos propósitos generosos con los que la familia humana intenta hacer más humana su

21. E. PIRONIO, *Cristo entre nosotros*, PPC, Madrid, 1998, 38. En *La alegría de la esperanza*, 12,c 2-3. Señala como aspectos de la esperanza cristiana “la búsqueda de lo definitivo (tensión escatológica)”, pero también “el compromiso cotidiano con la historia”.

22. E. PIRONIO: *Queremos ver a Jesús*, 121,135,119; *La Iglesia que nace entre nosotros*, 66.

23. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús* 176; cf. 127, 163.

propia vida y someter toda la tierra a este fin” (GS 38). Entre ambas dimensiones de la esperanza existe un nexo que hay que tratar de reconocer²⁴. Ambas dimensiones de la esperanza pertenecen al ámbito de una misma virtud teologal, ya que ambas apoyan en el mismo fundamento último, que es Dios. Esto mismo implica hacer de esta esperanza teologal una esperanza histórica, activa, creativa, esto es, entre otras cosas, inventar caminos concretos, históricamente viables hacia un mundo más humano. Precisamente en este punto tuvo que enfrentar Medellín, siendo Pironio Secretario de la II Conferencia episcopal latinoamericana, la tarea de un discernimiento de caminos eficaces hacia una mayor justicia y libertad, que no pasaran por la violencia²⁵.

2. La esperanza en el centro de una teología espiritual pascual

Nuestra esperanza, trascendente e histórica, se apoya en la ayuda de Dios. Pironio señala, a este propósito, su fundamento trinitario. Podemos esperar en Él porque somos sus hijos, no siervos ni extraños. La esperanza estriba en nuestra filiación adoptiva, es decir, en nuestra relación con Dios Padre, en nuestra relación con Cristo, de quien participamos la filiación, y con el Espíritu Santo de quien recibimos el testimonio de ser hijos (Rm 8,16) y que gime dentro de nosotros con el gemido de la esperanza (Rm 8,23)²⁶.

24. Entre las propuestas presentadas por los Obispos al finalizar la X Asamblea general ordinaria del Sínodo, se encuentra la siguiente “*Propositio 3. De Episcopo et spei nuntio... Episcopi officium habent spem nuntiandi, non solum illam quae realitates respicit penultimas, sed etiam spem eschatologicam... Episcopus se ipsum obligabit ad connexionem ostendendam quae inter bona penultima intercedit quae a Deo expectamus, et bona ultima salutis aeternae...*”.

25. Uno de los niveles en que “la crisis de fe se plantea en la Iglesia” está en la “duda o negación de la eficacia misma del Evangelio (¿pueden las bienaventuranzas transformar el mundo o hay que acudir a la violencia?)” (E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 175-176). Pironio ha excluido explícitamente el camino de la violencia (cf. E. PIRONIO, *La Iglesia que nace entre nosotros*, 46-47; *América Latina, Iglesia de la Pascua*, 10, col.1-2).

26. Cf. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 261-262; en E. PIRONIO, *Alegres en la esperanza*, 213 trae un breve resumen trinitario: “la esperanza firme y creadora de los cristianos que se apoya en «el amor del Padre, manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor» (Rm 8,39) y que exige en nosotros. la fortaleza del Espíritu Santo”.

Pero Pironio subraya “la relación entre la esperanza y la cruz”²⁷. Él entiende hablar de la cruz de Cristo y de la cruz –es decir el sufrimiento– de los hombres. Así inserta su visión de la esperanza en el centro mismo del misterio pascual²⁸.

Pero él quiere hablar de esta relación desde su propia experiencia de la cruz²⁹. Encontramos en él una teología y una predicación, surgidas de su propia vivencia teologal.

¿Cuál fue su cruz? En líneas generales podemos decir que su cruz fue causada por lo que él denominaba “*tiempos difíciles*”, ya antes aludidos: su vivencia personal de esos tiempos, el padecimiento por los acontecimientos que entonces ocurrían en el mundo y en la Iglesia³⁰, particularmente las tensiones y divisiones que debilitaban la unidad eclesial³¹. Para determinar esto algo más, sin entrar en historias concretas³², podemos recordar que, desde su retiro del rectorado del Seminario de Buenos Aires, en 1963, tuvo comienzo un camino de incomprendiones que se prolongó a lo largo de toda su vida y que se tradujeron entre otras cosas en trabas y aislamientos que indudablemente limitaron un mayor despliegue de sus posibilidades personales. No le resultó fácil asumir como Administrador apostólico de la Diócesis de Avellaneda en 1967. También

27. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 262 et passim. La conjunción entre esperanza y cruz es muy frecuente en los escritos de Pironio. Cecilio de Lora, que trabajaba en el CELAM y participaba de la diaria celebración eucarística presidida por Pironio, relata que “allí, semana tras semana, nos confiaba las claves de su existencia: la cruz, la Pascua, la esperanza y María, siempre María” (*Boletín de la Provincia Marianista de Zaragoza*, 248 (1998), 14).

28. “Pascua, la hora de la cruz y la esperanza” (E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 22; cf. 23. “Iglesia de la Pascua, es decir, una Iglesia en esperanza” (E. PIRONIO, *La palabra*, Mar del Plata, septiembre 1998; cf. E. PIRONIO, *La virtud de la esperanza*, 1).

29. “De esta esperanza teologal [...] quiero hablar sencilla y brevemente en estas líneas. Lo mío no nace de una profundización bíblico-teológica, sino de la providencial experiencia de una cruz personal (recibida como un don del Padre) y de la riquísima experiencia compartida [...] en mi humilde servicio a la vida consagrada” (E. PIRONIO, *La comunidad religiosa, ¿signo de la esperanza de la cruz?*, Escrito no publicado, 1-2, cf. p 3; en la p. 4. se refiere a “la fecundidad de mi vida providencialmente marcada por la cruz”).

30. “Cuando pasan ciertas cosas, en la Iglesia y en el mundo, es lógico que nos preocupemos y suframos” (E. PIRONIO, *Alegres en la esperanza*, 203).

31. Cf. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 41; *La comunidad religiosa, ¿signo de la esperanza de la cruz?*, 3.

32. Algunos informes de orden general, pueden obtenerse de los testimonios de Alfonso Gil, “Una evocación de mis encuentros con el Cardenal Pironio” en *Zaragoza SM. Provincia marianista de Zaragoza*, 248 del 6 de abril de 1998, 5-8; Cecilio de Lora, “Pironio en el corazón del CELAM”, *Ibidem*, 9-15.

fueron motivo de su cruz, a partir de 1968, las incomprendiones y sospechas suscitadas a raíz de las contrapuestas interpretaciones de la II Conferencia del Episcopado latinoamericano habida en Medellín, que recayeron sobre él, primero como Secretario y luego como Presidente del Celam. Conocemos también algo de sus dificultades y sufrimientos durante el desempeño de su cargo de Pro-prefecto y luego de Cardenal Prefecto de la Congregación para los religiosos e Institutos seculares, a partir de 1975³³. A todo esto debemos añadir su prolongada enfermedad.

En este sufrido camino de su vida Pironio supo hacer brotar de su cruz, la esperanza. Poder vivir, durante el trance mismo del sufrimiento, la esperanza y, haciendo pié en esta, la alegría y la paz, fue un logro dominante de su experiencia espiritual y uno de los rasgos más típicos de la santidad de Pironio

Para comunicarnos esta su experiencia espiritual, y convocarnos a reproducirla en nosotros, Pironio insistió en mostrar su fundamento bíblico, concretamente, su raíz cristológica en el misterio pascual. En efecto la cruz del sufrimiento y de la muerte de Jesús no estuvo dissociada del gozo de su exaltación. Apoyándose en la teología de Lucas, de Pablo y particularmente de Juan evangelista, Pironio insiste en afirmar el nexo interno entre esos dos momentos, que configuran el misterio pascual, al reiterar que la resurrección no sucede tan solo cronológicamente a la cruz, sino también causalmente: “La exaltación de Jesús no solo viene después del sufrimiento. Como en el caso del grano de trigo (Jn 12,24), la glorificación es fruto del anonadamiento. Por eso la kénosis (el anonadamiento) de Jesús es una forma de hablar de la esperanza, es el único camino para la esperanza cristiana (Lc 24,26)”³⁴. “Para San Juan la glorificación comienza con la muerte del grano de trigo (Jn 12,23-24)”³⁵. En base al texto de Lucas 24,26 dice: “La esperanza cristiana nace de lo inevitable de la cruz”³⁶. “La esperanza cristiana que brota de la cruz pascual”³⁷. “La es-

33. “Un hombre verdaderamente de Iglesia –decía él– sufre cuando le confían un oficio demasiado alto o lo ponen demasiado en evidencia [...]. Pero también nos está prohibido [...], por demasiado temor humano a un fracaso [...], rehusar superficialmente una tarea encomendada. Dios tiene el derecho de exigirnos hasta el final: hasta el límite del fracaso” (E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 268-269). “El Cardenalato es una vocación al martirio [...]. Me siento feliz de ser mártir” (E. PIRONIO, *Testamento espiritual*, 6 noviembre 1997).

34. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 237.

35. *Ibidem*, 244.

36. E. PIRONIO, *Alegres en la esperanza*, 209-210.

37. *Criterio*, LXX (1998 febr.) 13.

peranza nace del corazón de la cruz pascual”³⁸. “La Pascua arranca de la cruz; (la cruz) es el Misterio pascual en toda su fuerza de fecundidad”³⁹. Jesús, “por su entrega incondicional al Padre en la cruz convierte la muerte en vida, la tristeza en alegría [...] la desesperación en esperanza”⁴⁰.

Pironio no yuxtapone simplemente sufrimiento y exaltación. Considerados como hechos objetivos temporales tampoco los identifica. Aun considerados como vivencias subjetivas él aprecia no solo la diferencia, sino la contrariedad entre la vivencia del sufrimiento, en la cruz, y la del gozo, en la glorificación de Jesús. Pero, si por un lado las contrapone, por otra intuye entre ellas una cierta compenetración; considera el gozo de la exaltación como un momento en parte anticipado e inherente al padecimiento de la cruz. Uno diría que el padecimiento propio de la cruz, en el mismo momento en que acaece, es mediado, sin desaparecer, hacia el gozo de la exaltación, precisamente por la esperanza. La esperanza que nace de la cruz, no elimina la cruz y el dolor, pero anticipa en el mismo momento del padecimiento, el gozo de lo esperado⁴¹. En virtud de la esperanza, que brota del seno del dolor de la cruz, el dolor, sin ser eliminado, pasa ya a su contrario, el gozo, sin alcanzarlo en su plenitud, tan solo anticipándolo. En esta línea de pensamiento Pironio ofrece a veces expresiones muy intensas, como cuando afirma: “... la hora de la cruz y la esperanza. Yo diría que es la hora de la esperanza precisamente porque es la hora de la cruz”⁴². “Sacar de ahí (de la cruz), la certeza inmovible de la Pascua”⁴³. Y sobre todo la siguiente afirmación: “Para San Juan, la “hora” de Jesús es un instante, un momento indivisible: la muerte ya es la glorificación, la crucifixión es ya la exaltación gloriosa (Jn 2,14; 12,32-34)”⁴⁴. Como se ve, estamos bordeando la paradoja del misterio pascual de Jesús, “esa unidad compleja y paradójica de *morir* y de *ser glorificado*, que es su pascua”⁴⁵, la de Jesús.

38. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 237.

39. *Ibidem*, 20.

40. E. PIRONIO, *Alegres en la esperanza*, 218.

41. “La esperanza es la fruición anticipada del futuro, como la eternidad será la fruición definitiva de lo esperado” (E. PIRONIO, *Alegres en la esperanza*, 223).

42. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 26.

43. E. PIRONIO, *Alegres en la esperanza*, 210.

44. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 23.

45. MOIOLI, G. «Cristología», en *Diccionario Teológico Interdisciplinar I-II*, 772.

Pironio presenta el misterio pascual de Jesús como “ejemplar” del cristiano. Este solo podrá superar la cruz de su padecer, configurándose por la fe con Cristo muerto y resucitado, participando así, por la esperanza que brota de su propia cruz, el momento indivisible de cruz y exaltación que constituyen el misterio de la Pascua.

En la visión de Pironio se trata particularmente de cruces que exigen una esperanza heroica. No de “tiempos fáciles” en los que es fácil o aun innecesaria la esperanza. Se trata de “tiempos difíciles” en los que no se encuentran motivos humanos para esperar y se oscurecen los divinos; los tiempos de la experiencia del abandono, como Cristo en la cruz, de la experiencia de estar encerrado en la propia cruz, sin salida, de los tiempos de particular sufrimiento⁴⁶. De tiempos en los que la lógica misma de la situación llevaría, de sí, a la desesperación, al miedo, al pesimismo, al derrotismo o a la indiferencia, a resignar toda esperanza. Situaciones humanamente irremontables y en las que solo cabe implorar del Espíritu, surgido del costado abierto de Cristo en la cruz pascual, que nos dé la fuerza interior para poder invertir la lógica del tiempo difícil, humanamente intransitable, en una lógica del Espíritu, que nos permita, en el trance de la cruz y brotando de esta, pegar el salto hacia la esperanza⁴⁷.

En la realidad de la cruz Pironio integra la pobreza, otro de sus habituales temas. La cruz de Cristo ha sido el total despojo, de quien se hizo pobre hasta la muerte. La pobreza de los hombres es también despojo, que en muchos casos linda con la frontera de la muerte. Por eso mismo él asocia la pobreza con la esperanza. Así, por ejemplo, cuando habla de América Latina como subcontinente pobre y, de allí, esperanzado⁴⁸. Asocia la pobreza con la esperanza y, haciendo pie en esta, con la alegría y la paz. Las tres, esperanza, alegría y paz, convivieron en el corazón su-

46. “Es la hora de la gran desesperación y, por eso la hora de la máxima esperanza” (PIRONIO, *La virtud de la esperanza*, 2, cf. 3; cf. E. PIRONIO, *Preparando la Pascua*, ed. Patria grande, 1975, 45s; E. PIRONIO, *Alegres en la esperanza*, 218).

47. “No podemos hablar de la cruz como fuente insustituible de esperanza sino desde una relación con el amor de Dios y con el Espíritu Santo que brota esencialmente del costado abierto de Cristo glorificado por la cruz (cf. Jn 7,39 y 19,34)” (E. PIRONIO, *La comunidad religiosa, ¿signo de la esperanza de la cruz?*, 1).

48. Decía en el retiro predicado en el Vaticano ante el Papa: “La Iglesia en Latinoamérica tiene algo que decir a sus Iglesias hermanas de otros continentes: grita su pobreza y su esperanza” (E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 273). Sobre pobreza y esperanza ver también *Alegres en la esperanza*, 219s, *Un Sínodo de esperanza*, escrito no publicado, 3).

frente de Pironio, establecieron allí una convergencia de virtudes heroicas y se reflejaron habitualmente en los rasgos de su rostro⁴⁹.

Quiero concluir con una breve alusión a un punto que el Card. Pironio presenta en un escrito no publicado, firmado en Roma el 1 de julio de 1985, en el que se pone de manifiesto su alto nivel contemplativo⁵⁰ y que merecería una meditada lectura que el tiempo asignado no permite realizar ahora. El punto aludido se refiere al lugar del amor en el nexo entre cruz y esperanza. Escribía el Cardenal: "Lo esencial de nuestra vida cristiana no es la pobreza, ni la cruz, sino el amor... La realidad de la cruz, en la vida y el ministerio de Jesús, se inserta como el único modo definitivo y concreto de amar: "nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15,13) [...] La cruz revela el amor, el amor explica la cruz; la cruz y el amor hacen posible e indefectible nuestra esperanza"⁵¹.

LUCIO GERA

Prof. de la Facultad de Teología de la UCA (Buenos Aires)

49. Sobre la tríada: esperanza, alegría, paz, cf. E. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús*, 4-6; 206-210; 216-218, 235. Cf. también en el apartado sobre "Alegría de la esperanza", en *Alegres en la esperanza*, 140s; cf. "La alegría del corazón", *L'Osservatore Romano* 12 septiembre 1982, 12, col. 2-3; también el capítulo XIV sobre alegría y esperanza en *Consagrados en la Iglesia*, Instituto Teológico de Vida Religiosa, Madrid 1984, 141s., y la Meditación XIII del libro *El Padre nos espera*, Instituto Teológico de vida religiosa, Madrid 1985, 203s.

50. Cf. E. PIRONIO, *Alegres en la esperanza*, 224-228. "Los tiempos difíciles tienen que ser penetrados por eso desde la profundidad de la contemplación. Nos hace ver lejos y a lo hondo" (*Ibidem*, 225).

51. E. PIRONIO, *La comunidad religiosa, ¿signo de la esperanza de la cruz?*, 1.